

«Derecha» e «Izquierda» tras los sucesos «del Este»

Agustín Serrano de Haro

1. La afirmación de que «el fin del comunismo representa para la Humanidad una noticia que todavía no hemos conseguido descifrar ni comprender suficientemente»,¹ viene respaldada por una doble o triple condición personal de Václav Havel; analista nada convencional del comunismo posstalinista —del totalitarismo normalizado—, perseguido político y resistente pacífico de una coherencia y radicalidad que evocan a otras figuras admirables de nuestro siglo, y, en fin, protagonista de primer orden de los acontecimientos de 1989. Bien podría considerarse a Havel el símbolo emblemático de esa «dulce revolución» o «revolución de terciopelo», a cuya cuenta también hay que poner el haber conmovido los conceptos políticos otra vez consagrados de derecha e izquierda.

La revolución de 1989 —empecemos por aquí— fue, antes que nada, una sorpresa casi absoluta. Los científicos sociales, los historiadores especializados, los «soviétólogos», no la habían previsto ni por asomo; los políticos occidentales y la opinión pública de Occidente, de derecha, izquierda y centro, asistieron desconcertados a lo que veían, no menos que los jefes súbitamente importunados de los regímenes que sucumbieron con ella.² Tan sorprendente fue la irrupción de las gentes en las calles de Leipzig o Praga exigiendo concertadamente libertad y verdad, como admirable el desarrollo pacífico que redujo a la nada los Estados policíacos y los sistemas ideológicos. Y tan definitiva ha sido la transformación de la situación política del mundo, que ya no es bipolar, como profunda la consiguiente desorientación conceptual en que, unos más, otros menos, hemos

quedado. Y el símbolo perfecto del proceso ocurrido parece, en efecto, el «cuento» de ese preso multirreincidente, privado de estudios universitarios y de oficio reconocido, que en un par de meses, y sin la «mediación» de una sola víctima, pasa del presidio a la Presidencia de la República libre de Checoslovaquia, «vestido probablemente con su único traje y su única corbata».³

El desconcierto en lo que entendemos por la izquierda es quizá un término suave para describir lo que, según diversos observadores, constituye una radical crisis de identidad, si es que no un auténtico desplome. Recientemente ha defendido Habermas la legitimidad de los planteamientos pasados y presentes de la izquierda occidental «no comunista», y ha identificado su causa con la del Estado social que «se toma en serio todo aquello que no puede expresarse en precios» —cohesión social, desarme, protección medioambiental, etc.—.⁴ La cuestión es que este discurso se ha dispensado hasta el momento, quizá con un exceso de buena conciencia, de examinar las actitudes y los posicionamientos que durante largas décadas esa misma izquierda había mantenido hacia los sistemas del «socialismo real» o «socialismo verdaderamente existente». Casi nadie en la izquierda se detiene a juzgar, dicho sea sin un átomo de resentimiento, la llamativa facilidad con que ella relativizó el implacable sometimiento del individuo y de todos los grupos e intereses sociales al régimen de opresión ideológica; y relativizar quiere aquí decir trivializar y ocultar. Tampoco ha hecho objeto de reflexión su pasividad a la hora de denunciar

la violencia política permanente que tenía lugar al otro lado del Muro, en el interior de los distintos países por los atropellos sistemáticos a los derechos que se llamaban formales, civiles y políticos, y en el «exterior» por la entrega de medio continente a una hegemonía rusa que era lo más parecido a una ocupación militar; y todo ello en agudo contraste con el ejercicio de una crítica sin tregua a las democracias formales, a las deficiencias del Estado de Derecho, etc. Desde luego, ahora no se trataría de exigir penalizaciones por tan graves inconsciencias del pasado o retractaciones de infausta memoria; sí de afrontar de manera rigurosa y creíble una trayectoria y un ideario políticos, que desestimaron el principio de que la libertad, libertad pública y derechos de la persona, no se ha de sacrificar en los altares de la ideología y de la hegemonía. La coincidencia en el tiempo de la «muerte por suicidio involuntario» de los sistemas totalitarios, con la profunda crisis interna del Estado de bienestar, hace que por el momento esa izquierda occidental parezca haber perdido el norte, en varios sentidos de la expresión.

Si volvemos mínimamente la mirada a lo que entendemos por derecha, la luz de los sucesos en lo que tan torpemente llamábamos el Este arroja un perfil ambiguo. Según ilustres observadores, el balance global del *annus mirabilis* de 1989 sería básicamente doble: de un lado, una victoria clara de la democracia «formal» como único principio de legitimación de los gobernantes y de tratamiento racional de los conflictos; de otro lado, una victoria, no ya clara, sino aplastante del sistema de economía de mercado sobre el de planificación centralizada y colectivista. No en vano los contados regímenes comunistas que han sobrevivido al 89 parecen fiar su incierto futuro al éxito de unas reformas económicas que no cuestionen el monopolio político del partido único —especie curiosa por demás: un partido comunista que propicia el capitalismo para salvarse a sí mismo—. Este balance esquemático encaja con la situación boyante y las flamantes expectativas de que goza el neoliberalismo, superiores a las de la otra dirección de la familia de la derecha,

que es el conservadurismo, o también ahora neoconservadurismo.

No obstante, casi todo el mundo advierte que la primacía incondicional del mercado se encuentra ante desafíos en que podría —nunca mejor dicho— morir de éxito. Los mínimos de cohesión social y de imperio de la ley y de la igualdad ante la ley —que ilusamente creíamos lograda—, los mínimos que exige una economía de libre iniciativa y de competencia legal se ven con frecuencia socavados por la búsqueda sistemática del beneficio y del crecimiento; y cada vez es menos claro que alguna mano invisible haga llegar a todos, al menos a todos los competidores honestos, las gratificaciones materiales correspondientes. Cosa parecida ocurre —también lo vamos sabiendo todos— con los límites de resistencia de las reservas naturales a la explotación ilimitada. E incluso el ideal de autorealización competitiva del individuo empieza a revelar las desagradables sorpresas que la falta de espíritu cívico y político y aun la ausencia de moral privada tenían reservadas. Las direcciones conservadoras o neoconservadoras dentro de la derecha, que ponen el énfasis en la existencia de instituciones públicas definidas y limitadas, y en la necesidad de un orden social y moral subyacente que sea compartido por la mayoría de los miembros de la comunidad, sirven más para mostrar las debilidades neoliberales que para despejar horizontes de futuro. Pese a los acontecimientos luminosos del 89, y pese al balance más bien positivo de la evolución política y económica de los antiguos satélites soviéticos —en que la tragedia yugoslava ha sido la excepción—, pese a la prometedora solidez de la Unión Europea —la costumbre nos lleva a menospreciarla—, lo cierto es que «la derecha occidental», por así llamarla, se nutre a partes iguales de la justificada complacencia por su posición actual y del temor a lo desconocido, con la sospecha de que las fórmulas antiguas pueden no servir ante los desafíos que llaman a la puerta.

En la pantalla de la televisión hemos visto caer un Muro ignominioso y derretirse el telón de acero; hemos contemplado la conclusión de una eterna posguerra, levantada sobre depósi-

tos nucleares. De aquí que, once años antes de su muerte natural, el fin del comunismo cierre el siglo XX —así se ha dicho con razón—; cierra con una esperanza imprevista este siglo breve y violento que, en realidad, empezó catorce años después de su inicio cronológico, con una primera catástrofe mundial también imprevista. Uno quisiera creer que más importante que la reunificación de Alemania y que la recuperación de Centroeuropa, más importante incluso que la posibilidad de una unidad europea de nueva planta y sentido ha sido la posibilidad cierta de unificar el lenguaje político en torno al compromiso con los derechos humanos y a la urgencia de una nueva ley supranacional en la Tierra que proteja la dignidad de los hombres y la asegure de la violencia y las iniquidades de los propios hombres. Porque si así fuera, será extremadamente difícil que el siglo XXI —en que históricamente ya estaríamos— siga girando en torno a la antigua dualidad «derecha-izquierda»; o dicho de forma más contenida, parece impensable que esa dualidad no se vea confrontada y puesta a prueba por esa otra metáfora espacial que habla de un «dentro» y un «fuera» del mundo de los hombres, un dentro de la civilización a la enésima potencia, frente a una marginación estructural a la enésima deficiencia; ya no, por tanto, Este-Oeste, sino, sobre todo, Norte-Sur. Lo importante de este cambio de enfoque es que, entre sus múltiples vertientes: cultural y social, moral y religiosa, presenta sin duda, en primer término, un indudable carácter político. Guarda, pues, relación con la problemática de un nuevo orden institucional y una nueva conciencia moral, lo cual conecta con la perspectiva neoconservadora —y la trasciende—; guarda relación también con las limitaciones y perversiones del li-

beralismo económico vigente con que un Norte proteccionista se protege, de diversas formas nada inocentes, de la libre competencia con los bienes que provienen del Sur; guarda, en fin, relación con la revitalización del concepto de igualdad, que ha sido la categoría central del pensamiento de la izquierda, como ha recordado recientemente Norberto Bobbio. Pero, además, parece claro que a este respecto llegará la hora de sacar del armario virtudes políticas mucho más antiguas que las categorizadas «derecha-izquierda», como el coraje ciudadano, como el compromiso con el mundo antes que la obsesión con el pequeño yo, como la lucidez, a la vez resuelta y mesurada, respecto de lo que es posible a la acción concertada y dialogada de los hombres. Y por cierto que de algo de todo esto tuvimos una iluminación súbita, efímera y bella —la belleza de la política— en el Paseo de la Castellana de Madrid. ■

Notas

1. V. HAVEL, *Discursos políticos*, 177. Madrid, Espasa Calpe, 1995.
2. Valga un ejemplo significativo: «Les confío que en noviembre de 1989, hablando con el canciller Kohl en Varsovia, me dijo: «Ambos sabemos muy bien que no viviremos lo suficiente como para ver la reunificación de Alemania». Poco tiempo después se hallaba en Berlín para festejar la caída del Muro». (B. GEREMEK, en: R. DAHRENDORF, F. FURET y B. GEREMEK, *La democracia en Europa*, 48. Madrid, Alianza, 1993).
3. R. DAHRENDORF, *Reflexiones sobre la revolución en Europa*, 12. Barcelona, Emecé, 1991.
4. Cf. «La revolución recuperada», en: *La necesidad de revisión de la izquierda*. Madrid, Tecnos, 1991.
5. Imprescindible *Mundo rico, mundo pobre*, de Luis DE SEBASTIÁN. Madrid, Sal Terraz, 1992.